NOVENARIO DOLOROSO

DE LA

SANTISIMA VIRGEN MARIA

NOVENARIO DOLOROSO

DE LA

SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

I

Flagelación.

Tunc ergo apprehendit Pilatus Jesum et flagelavit.
Pilato, pues, tomó á Jesús y lo mandó azotar.
(S. Juan, XIX, 1.)

Oid, cielos, lo que hablo; oiga la tierra las palabras de mi boca. *Audite, coeli, quae loquor; audiat terra verba oris mei* (1). Condénsese como la lluvia mi doctrina; derrámese mi habla como rocío, como lluvia sobre hierba y como llovizna sobre grama.» Este es el principio de aquel admirable cántico, que Moisés dijo antes de morir, oyéndolo toda la Congregación de Israel sobre el monte Abarim. Y cuando Moisés toma por testigo de sus palabras los cielos y la tierra, á los ángeles y á los hombres,

(1) Deut., XXXII, 1.

y aun al mismo Dios y Señor nuestro, parece como que nos declara la importancia y grandeza de lo que va á decir y la atención que nuestras almas han de prestar á sus palabras.

Canta Moisés con notas sublimes la ira de Dios contra los pecados de su pueblo, y reviste sus palabras de imágenes pavorosas con ánimo de atemorizar á las tribus detenidas en las márgenes del Jordán, y de poner en sus corazones el respeto al Dios que despreciaron sus padres en la luenga peregrinación del desierto. ¡Oh!, que aquellas blancas tiendas acampadas frente á Jericó, habían cobijado á los idólatras, que doblaron la rodilla delante del becerro de oro, y á los incrédulos y altaneros, que irguieron la frente más de diez veces y levantaron las manos contra su caudillo y legislador, y ahora es de todo punto necesario que la nueva generación, que ha de penetrar en la tierra de Canaán, sepa cuán terrible es la mano de Dios, cuando cae airada y llena de justicia sobre la inicua cabeza del prevaricador.

Ríos de leche y miel correrán por las verdes y deliciosas vegas de la tierra prometida; pero para llegarla á poseer, se ha de luchar primero con feroces enemigos de corpulenta estatura; por eso Moisés infunde en las tribus el *temor de Dios*, que como *es principio de toda sabiduría* (1) es también la victoria de todas las batallas. Allí se levanta el Líbano, que tiene la cabeza cubierta de nieve y sus faldas pobladas de olorosos cedros y sus pies bañados en aguas cristalinas. Pero para descansar allí y entregarse á sus delicias inocentes, se ha de tener la conciencia libre de todo pecado, no manchadas las manos por el cieno de la lujuria y limpias de la sangre que vierte la ira. Por eso el legislador hebreo hace que su cántico suene misterioso y terrible contra el pecado, y en el colmo de su inspiración, dice que Dios amontonará

(1) Eccli., I, 16.

males sobre los pecadores, y contra ellos empleará todas las saetas del arco de su justicia. *Sagittas meas complebo in eis* (1).

Pues, ¡oh vosotros, todos los que os honráis con el hermoso título de cristianos; viajeros del desierto, para quienes se abrieron las aguas del Mar Rojo!, apenas cayó sobre vuestra frente el agua del bautismo; peregrinos alimentados en vuestro camino con el maná de la Eucaristía y guiados en vuestros pasos por la fe cristiana, mística columna de fuego, hermosa y obscura como la noche durante el día, y clara y radiante como el día durante la noche, paraos conmigo, no en las risueñas márgenes del Jordán, sino en las faldas sangrientas del monte Calvario y á la entrada de Jerusalén, en aquellos lugares regados con la sangre de Nuestro Señor Jesucristo y con las lágrimas de su Santísima Madre, en aquella verdadera tierra de promisión, puesto que en ella aparece el deseado Salvador del linaje humano, redimiéndonos con su muerte del cautiverio del demonio y abriéndonos las puertas, no ya del terrenal paraíso, sino las puertas eternales del reino de los cielos.

Veamos cuánto dolor costó á María ver rotas por Jesús en su Pasión y en su Muerte las cadenas del pecado, para que con todas las veras de nuestra alma detestemos esta bestia crudelísima, primogénita de Satanás y causa de todas nuestras desventuras, puesto que fué la razón de nuestro destierro. Y veamos, en fin, en este novenario doloroso, cómo de los Dolores de María ante la Pasión de su Hijo se derivan todas sus glorias y todos nuestros beneficios, que son las diversas derrotas del pecado.

Y puesto que hoy hemos de hablar de la flagelación de Jesús á la columna, consideremos cuánta es la gloria y el bien que se nos alcanza.

Señor, Dios de los cielos, que bajasteis á la tierra para

(1) Deut., XXXII, 23.

que en ella concluyera el imperio del demonio; puesto que en esa Hostia sagrada sois fuente de amor, de donde sacan energías los que beben para combatir el pecado, á Vos acudo con el ánima desfallecida, y de Vos solicito toda la entereza, que he de menester, para cantar las derrotas del Infierno y las glorias de Nuestra Madre, alcanzadas en la cumbre del Calvario. Para conseguir este fin, permitidnos que saludemos á la que nunca fué amancillada por el pecado, ni vencida por el dolor, diciéndola con el ángel:

AVE, MARÍA.

I

Thema ut supra.

Con roncos gritos desesperados pedían la muerte de Jesús delante del pretorio de Pilato, fariseos, sacerdotes y escribas, revueltos con la plebe. Sacóles de sus casas el odio al Mesías, arrojólos á la calle, y, despojados de su autoridad, fueron los primeros y más constantes en gritar, pidiendo la muerte del que venía á traernos la vida. Crecía el tumulto delante del pretorio, llovían sobre el juez romano amenazas y recriminaciones, prometíanle, con los puños cerrados por la cólera, acusarlo al César de lesa majestad, si no condenaba á Jesús, que, según su mal entender, había querido usurpar el título de rey; y tanto se desesperaron y tanto amenazaron, que Pilato tuvo miedo, y sintiendo que se le escapaba de entre las manos el título de su autoridad y que se le venía encima, terrible y amenazador, el enojo del César, entregó á Jesús, inocente y justo, á la cohorte pretoriana, para que fuese bárbaramente azotado, por ver si con aquel injusto descargo de su justicia aplacaba la cólera de escribas y fariseos y se daba por satisfecha su venganza.

Y aquellos soldados que detrás de las águilas imperiales y de los rapaces minotauros se habían hecho dueños del mundo y habían pasado por encima de todas las dignidades de la tierra y hollado con planta sangrienta todas las hermosuras, la hermosura material del cuerpo y la soberana hermosura de la virtud, cegados por su orgullo dominador, pusieron mano atrevida sobre Jesús, que á pesar de estar envuelto en el pobre vestido de nues-

tra humanidad, dejaba barruntar, como centellas de sol escapadas de entre las nubes, los fúlgidos destellos de su divinidad increada.

Atrevióse á Jesús la guardia pretoriana, y con aquellas manos avezadas al despojo ajeno, desnudóle aquella túnica inconsútil, fabricada, según la tradición, por manos de María, su Madre, y que, como tejida por tales manos, tuvo el don de crecer, según crecía el cuerpo de Jesús, concebido en sus entrañas. Amarráronlo después á una columna del pretorio, al que es única columna y sostén de los cielos y la tierra, y sin reparar en aquella mansedumbre de Jesús, que era uno de los más vivos destellos de su divinidad, comenzaron á descargar sobre su cuerpo, con furia desesperada, los golpes de sus azotes y cordeles.

No se les movió el corazón á piedad, viendo cómo la sangre saltaba por diversas fuentes, y cómo aquellos inocentes ojos y aquel manso rostro de Jesús no dieron señal alguna de impaciencia ni de ira. ¡Oh!, los recios vendavales, que tronchan los árboles corpulentos y en vertiginosas trombas derrumban los más gigantescos edificios, aplacan su furia devastadora ante el humilde arbusto, que casi se arrastra por el suelo; las olas furiosas del Atlántico, que estremecen con sus embates las rocas enhiestas y erizadas, convierten la voz atronadora de su soberbia en un débil gemido de compasión ante la humilde valla de arena: solamente el hombre no sabe aplacar la furia de su venganza, ni endulzar la espuma amarga de su crueldad ante la tranquila y humilde mansedumbre de Jesús.

¡Ay! ¿En dónde estáis ahora, vivas llamas del cielo, que devorasteis, con la nerviosa intrepidez del rayo, á los soldados perseguidores del profeta Elías? ¿En dónde estás ahora, fuerza viva de Dios, que sepultaste en la tierra á los que osaron poner mano sacrílega sobre el arca del testamento? ¿En dónde estáis ahora, que no ve-

nís sobre estos verdugos, que no solamente ponen las manos, sino que prenden, y no sólo prenden, sino que desnudan, y no sólo desnudan, sino que azotan sin compasión al que es más que profeta y más que arca santa, puesto que es la misma luz por la que predijeron Elías, Isaías y Jeremías, y la propia divinidad, delante de cuya sombra caían de rodillas los hijos de Aarón, moviendo sus incensarios de oro y ofreciéndole el perfume de sus inciensos y timiamas? ¿En dónde estáis ahora, espontáneas manifestaciones de la justicia de Dios?

Pero ya os veo: delante de la sangre redentora, que salta á torrentes de las espaldas desnudas de Jesús, la ira de Dios se ha convertido en caridad, y su justicia en misericordia; y yo las veo asomar por los labios de Jesús, de donde brotan palabras de perdón para sus verdugos, y por los ojos de María, que presente al sangriento espectáculo, llevada del heroísmo del amor, derrama lágrimas compasivas sobre la humanidad prevaricadora.

Encontráronse en el pretorio de Pilato, á vista de tan infame flagelación, la justicia divina, descendiendo de las alturas, terrible é inexorable, con la humildad tranquila de Jesús, mansa é inerme, y se dieron á la faz del mundo un ósculo de paz. *Justitia et pax osculatae sunt* (1). ¿Y quién llevó á cabo este prodigio, sino amor? ¿Quién tornó cordero al bravo león de Judá, sino amor? ¿Quién puso al criador y sustentador de todas las cosas en manos de sus más viles y desagradecidas criaturas, sino amor? ¿Y quién, en fin, dió fortaleza á la más delicada de las vírgenes, á la más sensible de las criaturas y á la más cariñosa de las madres, para presenciar, sin morir, la flagelación del hijo de sus entrañas, sino amor? ¡Oh amor, que amansas! ¡Oh amor, que fortaleces! ¡Oh amor, que triunfas! ¡Oh amor, que redimes al mundo esclavo de la primera culpa, bendito seas!

---

(1) Ps. CXXXIV, 11.

Esta es la primera gloria alcanzada por María delante de la Pasión de su Hijo santísimo; y la primera é ignominiosa derrota sufrida por el pecado, y el primer beneficio conseguido para la humanidad; porque éste es el nuevo mandamiento de Cristo: que los hombres se amen los unos á los otros, como El los amó. *Mandatum novum do vobis ut diligatis invicem, sicut dilexi vos* (1).

II

«Fuego he venido á poner al mundo, ¿y qué he de querer sino que arda (2)?» ¡Oh, cómo debe lastimar al corazón de su Santísima Madre la indiferencia glacial en que viven los hombres los unos con los otros. Porque el amor se manifiesta amando, aconsejando, socorriendo, sufriendo, perdonando y edificando con el ejemplo á nuestros prójimos; y estando nosotros ciertos que de esta manera se ama, nos dejamos vencer por los ímpetus del egoísmo, y dejamos al escandaloso en su pecado, al pobre en su miseria, y si por ventura aconsejamos y socorremos, no sufrimos con paciencia, ni menos perdonamos la injuria, siendo parte, con estos defectos, á la perversión de la sociedad, ó por lo menos, óbices para su regeneración. No vale declamar vanamente en contra de los vicios de la sociedad para regenerarla; oigamos todos y cada uno de nosotros la voz de la conciencia, que en el tribunal secreto del corazón nos acusa de nuestros defectos, y pongamos mano á la obra de la regeneración social de la época presente por medio de la santificación propia de cada uno de nosotros: que es oficio de la caridad bien ordenada edificar á los prójimos con ejemplos de virtud y con palabras de santidad, dice Nuestro Señor Jesucristo.

(1) Joan., XIII, 34.
(2) Luc., XII, 49.

La caridad es el fin de los mandamientos (1), dice el Apóstol San Pablo; porque todos los mandamientos de la ley divina están condensados en el amor de Dios y del prójimo, y el amor de Dios, dice San Gregorio, se alimenta del amor del prójimo: *per amorem proximi amor Dei nutritur*. Por esto es llamada *la caridad* por San Pablo *vínculo de perfección* (2). Cadena de flores que une á los hombres entre sí é impulsa á las voluntades á estar siempre ligadas por la virtud; porque su fuerza es la gracia de Dios, la cual no halla poder que no venza, ni monte que no allane, ni mar en que naufrague, ni fuego que le queme, ni enfermedad que le debilite, ni muerte que le espante.

¡Oh divina caridad!, hija del cielo, ¿qué dicha vendrá á la tierra que no sea traída en tus alas? ¿Qué palabra de paz ayuntará á los hombres, que no sea pronunciada por tus labios? ¿Qué pobre haraposo encontrará abrigo, que no sea cubierto por tu manto? ¿Qué hombre iracundo se tornará manso, que no sea por tu paciencia; ni qué pecador insensato, en fin, dejará su mala vida, que no sea enderezado al buen camino por tus virtudes?

El cáncer que corroe á la sociedad es el egoísmo, que malgasta las luces del entendimiento en beneficio propio y exclusivo y tuerce los buenos impulsos del corazón, convirtiéndolos en su provecho, y se cubre los oídos con ambas manos por no escuchar el clamoreo de los que lloran hambrientos y desnudos. De aquí que la sociedad se componga de necesitados, que envidian y murmuran; y de poderosos, que derrochan y desprecian; de escandalosos, que pervierten y destruyen; y de pusilánimes, que se acobardan y no edifican; de soberbios, que humillan y afrentan; y de iracundos, que se amotinan y se vengan.

¡Oh almas amantes de los dolores de la Madre de

(1) Tim., I, 5.
(2) Colos., III, 14.